

Negro porvenir

El envejecimiento de la población española es un hecho que se acentúa más y más por culpa de la falta de planificación y la escasa imaginación de nuestros políticos. Es evidente que aquello de 'largo me lo fiáis' tiene una raigambre muy hispánica. A nuestra clase dirigente le encanta aquello de levantar edificios materiales, con los que poder presumir e incluso embolsarse parte del sobrecoste si es posible, aunque luego no sepan qué hacer con ellos. Otra cosa es sembrar para que otros recojan a largo plazo, ya sea educación, ya sea descendencia. Nos importa tan poco el porvenir de los que vienen después de nosotros, que maldito el caso que hacemos al mundo que les vamos a legar, con una atmósfera podrida, unas tierras esquiladas y unos mares contaminados.

Pero, por una vez, hablemos del envejecimiento de nuestra población, que se acentúa más y más en la medida en que nuestros gobernantes, tan miopes en esto como en otras tantas cosas, piensan que la solución de este problema 'va de soi', es decir, que no existe ese problema, y que si existe se corregirá por sí mismo. Gran error sin duda. Los datos del pasado año no dejan margen de error: casi 424.000 fallecidos, frente a 392.000 nacidos (de los cuales, 76.000 corresponden a madres extranjeras). 8,4 partos por cada mil habitantes, cuatro décimas menos que en 2016. Números cantan, aunque resulten tediosos.

La decadencia de España siempre ha estado vinculada a la caída de la población (un caso extremo acaeció en 1690, durante el reinado de aquel aborto de la naturaleza que fuera Carlos II 'el hechizado', en que la población española, que a principios de ese siglo era de dieciséis millones de seres, quedó reducida a seis, algo realmente inaudito). Ahora el problema no resulta tan alarmante, pero sí en la medida en que difícilmente puede sostenerse de este modo el Estado de bienestar al que aspiramos y casi exigimos. Al igual

«Tal y como está organizado el sistema, tener hijos es una heroicidad, y la gente no está para heroísmos en los tiempos que corren»

BAJO EL VOLCÁN
JUAN BRAVO



que Unamuno decía 'que inventen ellos', parece extenderse más y más el dicho 'que tengan hijos los demás'. Claro que lo que en un principio podría calificarse de pura frivolidad, bien mirado no lo es tanto. Los habrá frívolos, por supuestos, pero de lo que no cabe la menor duda es que este saldo vegetativo negativo tiene su explicación.

Tener hijos y criarlos con decoro exige un esfuerzo económico creciente y un tiempo y una dedicación imposible para una pareja que, para conseguir el sustento correspondiente, trabaja de sol a sol. Eso por los que cuentan con un trabajo digno. ¿Y qué decir de los que tienen un trabajo pésimamente remunerado, que son la mayoría, o de los que ven cómo pasan los años y no encuentran un modo de salir adelante? ¿Cómo planificar su vida sin tener una mínima seguridad? Tal es el dilema.

Tal y como está organizado el sistema, tener hijos es una heroicidad, y la gente no está para heroísmos en los tiempos que corren. Se ha apretado de tal modo la soga en torno al cuello del personal, que la gallina un día de estos se va a negar a seguir poniendo huevos. Y sin huevos dejará de haber mano de obra barata, o carne de cañón, con la que esos ricos 'in crescendo' desde la implantación de la reforma laboral, acabarán lamentando su error, o no, porque siempre les quedará la de los desesperados que cruzan el Estrecho en busca de una salida a sus vidas.

Es evidente que sin un plan de apoyo a la familia a base de subsidios familiares, guarderías, becas y ayudas de todo tipo, no se solucionará este problema, y para eso, lo mismo que para ofrecer salarios justos, dar jubilaciones honrosas o ayudar a los incapacitados e impedidos, hay que buscar el dinero allí donde está en abundancia: en los que se han llevado la parte del león durante estos años de crisis y en el continuo despilfarro de nuestra administración. Si no se empieza por ahí, como dicen los castizos, no hay tutía.

EL SEMÁFORO

FERNANDO LÁZARO
PIANISTA

Tras el éxito que significó en la capital de España el estreno de su *Sexteto para piano y cuerdas*, tiene varias citas tras el verano con su participación en el Festival Contemporánea y el estreno de otra obra inédita, *Amalia el esplendor del fado*.



ANTONIO JAVIER CEPILLO
PREMIO RESPONSABILIDAD SOCIAL FEDA

Antonio Javier Cepillo recibió el Premio a la Responsabilidad Social de FEDA por su apuesta a la humanización de los cuidados sanitarios y su compromiso con los niños y adolescentes que luchan contra enfermedades más duras. Se lo merece con creces.



PEDRO SÁNCHEZ
PRESIDENTE DEL GOBIERNO

El presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, inició ayer en París su gira europea para tratar de impulsar un acuerdo que permita poner en marcha una política común de migración y asilo. Hoy le toca reunirse con Jean-Claude Juncker.



MATTEO SALVINI
MINISTRO DEL INTERIOR DE ITALIA

La historia del Aquarius se repite ahora con el buque 'Lifeline', que ayer seguía a la deriva con 200 migrantes a bordo. Mientras, Salvini se dedica a decir en Facebook que los barcos de las ONG «se pueden ir olvidando de alcanzar Italia».



Haz el amor

Tradicionalmente, 'hacer el amor' significaba cortejar. Y no más. Así, entre las páginas de *Viaje a la Alcarria* y en el atardecer de verano en la plaza de Pastrana se ven «muchachas que pasean rodeadas de guardias civiles jóvenes que las requiebran y les hacen el amor». Pero las gentes de hoy que lean ese libro, interpretarían según el uso actual ese «hacer el amor» de la Guardia Civil como una relación carnal de esas guapas chicas con la benemérita autoridad.

Esto de 'hacer el amor' aplicado actualmente a la práctica amorosa me parece un uso impropio del lenguaje, vinculando el amor con lo que estrictamente es un ejercicio del sexo con independencia de que se ame o no durante el encuentro. Con el mismo uso, habría que admitir «deshacer el

amor» que sería retroceder en el envite, acción que en la España menesterosa se conocía como «apearse en marcha». No se pueden materializar los sentimientos, por lo que el amor no se hace, como tampoco se mide la nostalgia o se pesa la alegría.

'Amar' y 'hacer' son palabras no necesariamente solidarias por el desajuste entre lo que es una pasión y una acción, entre un sentir y una manufactura. El amor puede existir, se haga o se deje de hacer según que la oportunidad y las circunstancias lo permitan. Y, aunque fuera deseable, la acción no siempre contiene al amor, que está ausente de lo que es a veces simplemente un placentero ejercicio gimnástico, que es divertido y en el que conoces gente.

Si aceptamos el uso actual del len-

guaje de llamar «hacer el amor» al sexo a dos, también se podría hacer extensivo el mismo nombre al autosericio, que sería la variante de hacer el amor consigo. Al menos es un acto sin decepciones porque el amor con mayor fundamento y garantías es el que uno tiene hacia sí mismo.

La moral naturalista y pacífica de los hippies puso de moda la consigna de *Haz el amor y no la guerra*. No creo que haya muchos que defiendan lo contrario, si bien es verdad que la diferencia no es tanta porque el amor también es una opción de riesgo. Pero es un riesgo que merece la pena porque te hace vivir con mayor intensidad y, si es correspondido, resulta asumible porque es un riesgo compartido.

Cuando en una sociedad empie-

EN VERSO
LIBRE
FRANCISCO
GARCÍA
MARQUINA



zan a pintar bastos y la oscurecen las sombras del descrédito político, la inseguridad, la mentira plural y crónica, el ambiente de corrupción, y la maldad y la estupidez toman el poder, hay siempre reductos a los que poder acogerse. Uno de ellos es la familia, otro son los amigos, otro es el deporte, otro es la lectura, también la escritura que es la manera de convertir la tragedia en literatura, tanto para tomar conciencia personal de sí y del mundo como para conjurarla y denunciarla. Pero quizás el más alto refugio es el amor.

El amor no se hace porque su origen no es una tarea de los enamorados sino que es el amor quien les invade y les constituye a ellos como amantes. Ese sentimiento inesperado y arrebatador no es algo que uno pueda buscar, porque más bien es el amor quien te encuentra, con lo que resulta que, a la postre y tratando de librarnos de la alienación, hemos puesto nuestra esperanza en algo que no depende de nosotros.